# La hora del cuco

Cuento sobre el duelo

Dirigido a niñas y niños de entre 6 y 12 años

A través de la lectura compartida del cuento, esta publicación ofrece a padres y madres una herramienta lúdica y afectiva para fomentar el diálogo con sus hijos e hijas de 6 a 12 años sobre el proceso de duelo por la pérdida de un ser querido. El cuento es uno de sus medios de expresión natural por lo que es un recurso idóneo que les facilitará la expresión de sus emociones, así como la comprensión y elaboración del duelo. Este cuento ha sido escrito por una cuentista de prestigio y las imágenes han sido elaboradas por una ilustradora con un amplio recorrido en el mundo de la literatura infantil.

Financiado por:

GOBIERNO DE ESPAÑA · MINISTERIO DE SANIDAD, SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD · SECRETARÍA DE ESTADO DE SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD

POR SOLIDARIDAD
OTROS FINES DE INTERÉS SOCIAL

CEAPA

Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
ceapa@ceapa.es | www.ceapa.es

La hora del cuco
Cuento sobre el duelo



# La hora del cuco

Cuento sobre el duelo

Clara Redondo Sastre
Leticia Ruifernández

CEAPA

*Para todas las abuelas y los abuelos que siguen estando por aquí aunque ya se hayan ido.*

# La hora del cuco

Cuento sobre el duelo

Dirigido a niñas y niños de entre 6 y 12 años

CEAPA
Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos

Autoría:
Clara Redondo Sastre

Ilustraciones:
Leticia Ruifernández

Coordinan:
Jesús Salido Navarro
Nuria Buscató Cancho
Isabel Bellver Vázquez-Dodero

Edita:
**CEAPA**
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:
Julio 2015

Maquetación:
**IO Sistemas de Comunicación**

Imprime:
**IO Sistemas de Comunicación**
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:
Jesús Salido Navarro, Elena González Fernández, Nuria Buscató Cancho, José Luis Pazos Jiménez, Miguel Dueñas Jiménez, Flor Miguel Gamarra, Javier González Barrenechea, Mª del Pino Gangura del Rosario, Leticia Cardenal Salazar, José Mª Ruiz Sánchez, José Antonio Felipe Pastor, Rafael Melé Oliveras, Mustafá Mohamed Mustafá, Silvia Centelles Campillo, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxío Taboada Arribe, Camilo Jene Perea, Santiago Álvarez Folgueras, Andrés Pascual Garrido Alonso.

# Introducción

Este cuento es un recurso para que padres y madres puedan abordar una situación tan difícil como el proceso de duelo en los hijos e hijas por la pérdida de un ser querido.

A través de este instrumento lúdico se pretende promover un entorno afectivo y de comunicación cálido y positivo que fortalezca el vínculo con ellos, potenciando así su desarrollo afectivo y personal.

El duelo es el proceso emocional por el que pasa una persona después de la pérdida de un ser querido que implica una elaboración personal de aceptación de la realidad, expresión del duelo y adaptación a una nueva situación.

Los niños y niñas se dan cuenta de todo lo que sucede a su alrededor por lo que cuando pierden un ser querido son conscientes de esta pérdida y es normal que elaboren un proceso de duelo con unas emociones intensas, aunque tenga unas características diferentes al de los adultos. Tienen más dificultad para expresar sus sentimientos con la palabra por lo que manifiestan su dolor a través de la conducta y el cuerpo, es decir, a través cambios de conducta y de humor, de alimentación y sueño, falta de atención y disminución del rendimiento escolar, etc. Asimismo, y de forma general, si están realizando un duelo adecuado, se adaptan más rápidamente a la realidad y pueden disfrutar antes de los juegos, amistades, etc.

Los niños y niñas están en proceso de desarrollo por lo que todavía no tendrán los recursos y las capacidades cognitivas y emocionales necesarias para elaborar y afrontar una pérdida por lo que dependerán de los adultos para ello. Por ello, el papel de los padres y madres será fundamental, que les comprendan, contengan y acompañen en su proceso de duelo para que la vivencia no les deje vulnerables y perjudique su desarrollo.

En la medida en que padres y madres reconozcan el proceso de duelo que puedan atravesar sus hijos e hijas, lo acepten, permitan, respeten, y validen y, además, les apoyen, facilitarán que puedan atravesar todas las fases del proceso de duelo y se desarrollen de forma positiva, adquiriendo recursos para afrontar otras situaciones

en el futuro. Las experiencias de pérdida forman y formarán parte de su vida por lo que la manera en la que las resuelvan determinará su capacidad para afrontar nuevas pérdidas en el futuro.

En cualquier caso, la intensidad y duración del duelo dependerá de muchos factores: el vínculo con la persona fallecida, la edad y el momento evolutivo, el tipo de muerte, circunstancias externas, actitudes de los adultos, medios de contención emocional del entorno, etc.

De forma general, algunas pautas que padres y madres han de tener en cuenta para ayudar a sus hijos e hijas a elaborar el duelo son:

- Darles información veraz sobre lo que ha pasado, teniendo en cuenta su edad, momento evolutivo y sus capacidades cognitivas y emocionales que condicionarán lo que puede o no asimilar. La información, así como la respuesta a sus preguntas, ha de ser simple y honesta. Qué se les dice, cómo y cuándo influirá de forma decisiva en su manera de elaborarlo. En el contenido es importante explicar que la muerte tiene una razón física, que es universal, irreversible y que implica el fin de las funciones vitales, es decir, que no se volverá a ver a esa persona, aunque pueda estar en su corazón y recuerdos. Se ha de darles también la oportunidad de preguntar y expresar sus dudas. Toda esta información les ayudará a conceptualizar el significado de la muerte y a comprender lo ocurrido y evitará que elaboren fantasías sobre lo que perciben a su alrededor que en la mayoría de los casos serán peor que la realidad y les causarán mayor angustia y confusión. Los niños y niñas tienden a sentirse culpables, pensando que algo que pensaron, dijeron o hicieron pudo causar la muerte, por lo que es especialmente importante aclararles que no tienen la culpa y tranquilizarles indicándoles la causa física.

- Ofrecerles seguridad, protección y una dedicación especial, ya que se sentirán más asustados y vulnerables, siendo especialmente importantes la contención y el acompañamiento emocional así como muestras físicas de cariño (besos, abrazos, etc.).

- Promover un entorno cálido, cercano, receptivo, empático, y de aceptación que les ayude a identificar y expresar lo que les pasa, es decir, sus emociones, temores y dudas. Es frecuente que sientan rabia, enfado, ansiedad, miedo, tristeza, e incluso que se sientan abandonados y sus principales temores suelen ser si ellos causaron la muerte, si les pasará a ellos y quién les va a cuidar. Para ello, será importante por un lado, que padres y madres sirvan de modelo expresando con ellos sus sentimientos, ya que así les estarán ayudando a identificar y expresar los suyos. Por otro lado, se pueden utilizar con ellos el juego, el dibujo y los cuentos como herramientas que les faciliten comprender y elaborar el duelo. En cualquier caso, si no quieren compartir sus sentimientos, padres y madres han de respetarlo y hacerles saber que están ahí para cuando lo necesiten.

- Los niños y niñas necesitan comprender y darle sentido a la pérdida, compartir sentimientos, despedirse y atravesar su duelo acompañados por lo que es recomendable que se les incluya en el proceso de duelo familiar y no se les aparte con la intención de protegerles. Por ejemplo, hacerles partícipes de los ritos funerarios, a partir de los seis o siete años, les ayudará a colocar la realidad de la pérdida en un tiempo y espacio concreto y les dará la oportunidad de sentirse incluidos del proceso de duelo familiar y de recibir el apoyo social.

- Restablecer la rutina y su vida cotidiana lo antes posible (colegio, amistades, juegos, etc.) para ayudarles a conseguir su estabilidad, evitando que coincida con otros posibles cambios.

Para finalizar, proponemos unas preguntas sobre el cuento que pueden favorecer una reflexión y diálogo conjunto que les facilite realizar el proceso de duelo adecuado.

- ¿Qué le ocurre al protagonista del cuento? ¿Por qué crees que se siente así?

- ¿Cómo era el recuerdo de su abuela? ¿Qué cosas hacía con ella?

- ¿Cómo le gustaría que actuasen sus padres? ¿Por qué crees que reacciona así con ellos? ¿Y su amigo?

- ¿Qué decide hacer al final? ¿Cómo se siente cuando lo hace? ¿Por qué crees que se siente así?

Primera parte

# ¿Pueden nadar los gorilas?



Romeo mira la pantalla del ordenador con las cejas muy juntas mientras aporrea el teclado. Tiene abierta la página web ejercitatumente.es. «Pregúntame lo que quieras. No me vas a pillar, maldito juego», le dice, como si pudiera escucharlo.

*¿Qué instrumento musical tiene forma y nombre geométricos?* Primera pregunta del ordenador. Romeo no duda ni un instante.

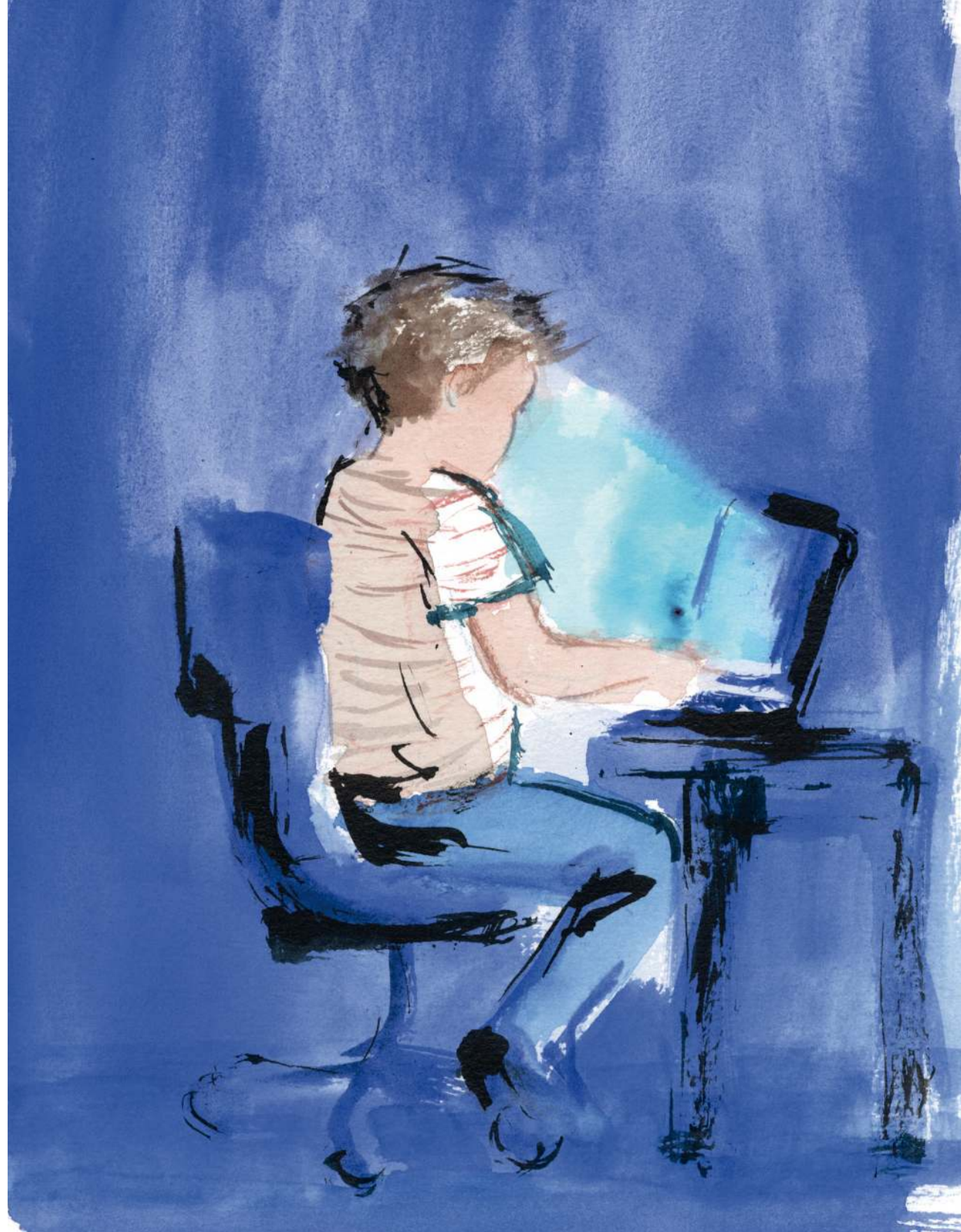
«Demasiado fácil. El triángulo. Venga, la siguiente».

*Enhorabuena. Respuesta correcta. ¿Qué tienen en la boca las ranas que no tienen los sapos?* Segunda pregunta del ordenador.

«¿No sabes alguna más difícil? Los dientes, está claro». *Enhorabuena. Respuesta correcta.*

Y así una pregunta detrás de otra que Romeo va contestando con chulería. Llevaba muchos meses entrenando con su abuela. Estaba empeñada en preparar a Romeo para que se presentase al famoso concurso de la tele ¿Qué es lo que sabes, chaval? Le divertían mucho los retos que ella le ponía, al principio fáciles, poco a poco más complicados. Aunque en realidad no tenía ningún interés en ir a ese concurso. «Abuela, déjame en paz». Y ella, testaruda: «No





te preocupes, hijo, cuando llegue el momento, te alegrarás de haber ido». Su abuela se llamaba Celeste.

Pero rebobinemos para ver cómo ha llegado Romeo hasta aquí.

A las 4 de la tarde del viernes ha salido del instituto,

ha pegado patadas a las piedras que se le han puesto en su camino,

ha cruzado el semáforo cuando estaba en rojo sin importarle el claxon del coche que casi lo atropella;

ha entrado en su casa,

ha pegado un portazo al cerrar la puerta,

no ha saludado a nadie, ni a su madre ni a su padre ni al canario,

se ha metido en su habitación,

ha bajado las persianas,

ha encendido el flexo, el ordenador y ha abierto ejercitatumente.es.

Y lo peor: hace dos días que falleció su abuela. Así, de pronto. Se fue sin despedirse.



De modo que aquí tenemos a Romeo. «Vamos, máquina tonta, pregúntame». Cuando mueve el ratón y pulsa «siguiente pregunta», la máquina obedece.

*¿Pueden nadar los gorilas?*

En ese momento, clac, suena el reloj de cuco que cuelga de la pared y que le anuncia que son las cinco de la tarde. Una cabeza de pájaro de mentira sale y entra y sale y entra de su madriguera de mentira. Romeo se gira: «Cállate ya, pájaro idiota». Las cinco de la tarde. Esto le hace recordar.

A esta hora solía estar con su abuela Celeste. Compartían las tardes de los martes y jueves desde que Romeo tenía cinco años. Lo iba a buscar al instituto y llegaban a casa caminando. Durante el trayecto, Celeste le hacía las «preguntas para sabios», como ella las llamaba. Al principio fáciles, pero pronto empezó a ponérselas más y más difíciles.

—Cuando vayas a la tele, tienes que estar bien preparado. Doce años es la edad ideal para ir al concurso.

—Y dale. Eres muy pesada, abuela.




También compartían un rato las tardes de los lunes, miércoles y viernes. Ella trabajaba conduciendo el autobús 65 de la EMT, que recorría el trayecto desde Tirso de Molina hasta Colonia Jardín. Romeo presumía de su abuela, porque ¿quién tiene una abuela conductora de autobús? Les contaba a sus amigos que quedaba con ella en la parada de Casa de Campo. Cuando llegaba el 65 que ella conducía, se montaba y se colocaba de pie a su lado. Sus padres le permitían dos recorridos, ida-vuelta, ida-vuelta. Lo primero, el santo y seña:

«Marco Polo de Venecia salió y hasta Oriente llegó».

Viajar, recorrer el mundo. Ese era el sueño de Celeste, pero un terrorífico miedo a las alturas le impedía levantarse a más de dos palmos del suelo. A lo más que llegaba era a los cuatro escalones de su casa y al del autobús. Nada de pisos altos ni de terrazas ni de subirse a banquetas ni a teleféricos... ni mucho menos de viajar en avión.

—Hoy nos toca la China, hijo. Agárrate, que ahí van las preguntas.

Y blablablabla, durante el recorrido ida-vuelta, ida-vuelta, Celeste blablabla no paraba de hacerle preguntas sobre China. Que esto,

que lo otro, que lo de más allá. La mayoría de las veces Romeo no tenía ni idea de las respuestas, pero al final del trayecto acababa siendo un experto en ese país.

*Responde a la pregunta o pulsa cancelar: ¿pueden nadar los gorilas?*

Romeo vuelve a la realidad y se gira hacia el ordenador. «Qué pregunta más estúpida. Pues claro que no pueden nadar».

*Enhorabuena. Respuesta correcta.*

En ese momento, toc, toc, toc, alguien llama a la puerta. Es su padre, que entra y se sienta en el borde de la cama.

—Romeo, no puedes seguir así. Nosotros también estamos tristes. Es mejor que hables.

Romeo no contesta.

—A la abuela no le gustaría verte así.

«Pues que no se hubiera muerto», piensa Romeo. Quiere mirar a su padre, quiere ponerse a llorar, quiere decirle que odia a su abuela por haberse muerto, pero se mantiene estirado en su silla con la mirada fija en la pantalla y pulsa de nuevo el ratón. El ordenador habla en voz alta.

*Qué isla del archipiélago canario se siente atraída por los imanes.*

—El lunes vamos a recoger las cenizas de tu abuela. ¿Vendrás con nosotros?

Silencio. Se escucha hasta la mosca que se ha colado sin permiso.

*Responde a la pregunta o pulsa cancelar: qué isla del archipiélago canario se siente atraída por los imanes.*

—Está bien. Te dejo. –Su padre se da por vencido–. ¿Quieres que te traiga la merienda? –Silencio–. Bueno, entendido, no me contestes. Pero piensa en lo del lunes, ¿vale?

Romeo sabe que debería contestar a su padre, que debería salir y hablar con su familia, que debería aceptar la merienda, echar de comer al canario, pero la realidad es que está cabreado, muy cabreado por lo que le ha hecho su abuela.

*Última oportunidad. Responde a la pregunta o pulsa cancelar: qué isla del archipiélago canario se siente atraída por los imanes.*

«¡Máquina idiota!».

Romeo se vuelve hacia el ordenador y pulsa con rabia y a toda velocidad ¡tatatatatatatatatatatatatata! las teclas y al mismo tiempo se va escribiendo en la pantalla: *iero, yerro, hererro, erro...* Romeo no ha dado una a derechas y el ordenador dicta sentencia:

*Respuesta incorrecta. La respuesta correcta es El Hierro. Inténtalo de nuevo.*

Y como si le hubiera entrado en el cuerpo una serpiente pitón, Romeo pulsa con rabia el *off*, se tira a la almohada de su cama y se pone hecho una furia a darle puñetazos. ¡¡¡Pum pam pum pam pum pam!!! sin importarle nada ni nadie ¡¡¡pum pam pum pam pum pam!!! y sin darse cuenta de que una nariz está asomada a la puerta de la habitación. Es su amigo Chete, que observa el espectáculo. «¡Pero qué hace este loco!», dice tan bajito que Romeo no puede escucharlo. Un minuto. Dos. Pobre almohada.

—¡Hola! Esto... ¿has terminado? –le pregunta, pero nada, ni caso–. ¡Hooooooolaaaaaaa!

Ahora ya sí. Parece que Romeo ha vuelto a la realidad y se lo queda mirando como si hubiera visto a un zombi, ojos muy abiertos y recuperando la respiración.

—Qué haces aquí –le pregunta Romeo jadeando.

—Me aburría en casa. ¿Puedo pasar?

—Qué quieres.

—Nada... –contesta Chete.

—Pues adiós.

—Qué borde, tío. He venido a verte.

Chete entra y se sienta en la cama. Se vuelve a levantar.

—¿Puedo?

Sin esperar respuesta, sube las persianas. Fuuum. La luz de la calle invade por fin la habitación.

—Qué mal lo de tu abuela, ¿no? ¿Se murió de repente?

Romeo no contesta. Le viene a la cabeza la última vez que la vio viva: antes de ayer por la tarde, concretamente. Como todos los miércoles, se estaba preparando para ir a su encuentro en

la parada del 65, cuando su madre le dijo que echara alpiste al canario. «Puf, siempre me toca a mí». Pero obedeció porque le interesaba acabar cuanto antes. Por eso llegó tarde a su cita. Bueno, tarde, tarde, lo que se dice tarde no era, porque allí estaba el 65. Al subir al autobús con la lengua fuera, menudo lío habían montado los pasajeros porque llevaban tres minutos o más esperando.

—¡Silencio todo el mundo! –zanjó Celeste dirigiéndose a los de atrás–. Este que ven aquí es un pasajero de categoría, así que nada de protestas. ¡Es mi Romeo!

—Abuela, lo siento, ha sido el canario, le faltaba comida... –dijo tapándose como pudo la cara con la mochila.

—Nada, hijo, no te preocupes. La gente es que tiene mucha prisa –le habló bajito–. ¿Has merendado? ¿Qué tal en el insti? ¿Bien? Me alegro. A ver, primero, el santo y seña –dijo con voz grave, como de presentadora de concurso de televisión.

—Marco Polo de Venecia salió y hasta Oriente llegó –contestó Romeo obediente.

—Correcto. Venga, que hoy toca Uzbekistán. Ya sabes que es mi preferido.



—Abuela, ya me has contado muchas cosas de ese país. Pregúntame otro.

—No, hijo, no. Tengo muchas más cosas que contarte. En el concurso te preguntarán sobre países exóticos y lejanos... Seguro que te cae.

En ese momento, din don, alguien se quiere bajar en la siguiente parada. Por la puerta de atrás se bajan dos personas, y por la de delante se sube una chica alta y flaca, con el pelo recogido en una coleta y con un lunar justo aquí, entre ceja y ceja.

—¡Mónica! –saluda Celeste.

—Buenas tardes, Celeste. ¡Hombre, Romeo! ¿Hoy te toca ruta? –dice Mónica, la vecina de su abuela.

Romeo se pone colorado. Mónica y Celeste son amigas. Y además, Mónica es azafata. Ideal para ponerle a su abuela los dientes largos. Viaja por aquí y por allá, Asia, América, Oceanía y todos los continentes que existen en el planeta. Eso le chifla a Celeste. «Cuenta, cuenta», le suele decir.

—Me prometiste que vendrías a merendar un día a mi casa.

Todavía te estoy esperando... –le suelta Mónica a Romeo como medio enfadada pero sin estarlo.

Romeo conoció a Mónica una tarde hacía ya un tiempo, cuando su abuela y él volvían caminando a casa. Lo recuerda muy bien porque fue entonces cuando se enteró del sueño de su abuela. Se encontraron mientras esperaban a que un semáforo se pusiera en verde. «Mónica, este es mi nieto Romeo. Romeo, esta es una buena amiga». Romeo sólo se fijó en el lunar que Mónica tenía entre ceja y ceja, que lo dejó hipnotizado. Y Mónica se ofreció para acompañarlos a casa. Por el camino, Celeste le contó a su amiga lo del concurso, le habló de las preguntas para sabios... Y Mónica le contó a Celeste cuál iba a ser su próximo viaje:

—Trabajo todo el fin de semana: vuelo a Nicaragua y luego a Luxemburgo.

—Cuánto daría por hacerme pequeñísima, meterme en el bolsillo de tu chaqueta, dormirme y cuando despertara estar en...

—¿Adónde? ¿Adónde te gustaría ir? –la interrumpió Mónica.

—Ay, no, no, eso es imposible, mejor no imaginar.





—Venga, no seas cobarde –insistió Mónica–. ¿Adónde irías si pudieras?

—A Samarcanda. Es la ciudad más bonita de Uzbekistán –dijo Celeste por fin.

—¿Uzbequé? –intervino Romeo, que hasta entonces había estado callado como una tumba–. ¿Es un país de este planeta? ¿No te habrás confundido, abuela?

Fue así como Romeo se enteró de que está en pleno corazón de Asia. Que por allí pasaba antiguamente la Gran Ruta de la Seda, y que los comerciantes paraban con sus camellos llenos de mercancías traídas de la China. Que tiene un montón de mezquitas preciosas con cúpulas azules como el océano, y madrasas, que eran escuelas donde se estudiaba el Corán. Que hablan uzbeco. Que por sus calles paseó Marco Polo.

—Hijo, si yo pudiera, cogería un vuelo y me plantaría allí, en Samarcanda, la ciudad de ese país más preciosa que te puedas imaginar. Es mi sueño desde que era muy joven.

—Es verdad. Es preciosa, yo he viajado allí varias veces. Seguro que dentro de poco me toca ir, por cierto –intervino Mónica.



—Qué envidia me das –dijo Celeste.

—¿Sabes lo que te digo? Que un día te vendrás conmigo a Samarcanda. En avión. Las dos juntitas. Te obligaré y, si te pones muy pesada, te llevaré de las orejas –le dijo Mónica señalándola con el dedo índice como diciendo «sí, a ti, a ti precisamente».

Romeo se dio la vuelta porque le entró la risa al imaginar a Mónica llevando de las orejas a su abuela hasta el avión. ¡No se la imaginaba subiendo a un avión!

Un «ejem ejem» le devuelve a Romeo a su cuarto con Chete a su lado.

—Ejem ejem.

—¿Qué decías?

—Nada, que si se murió de repente.

—Sí. Bueno, no. Bueno, sí... Se le paró el corazón.

—Ah... Ya.

Chete saca su móvil del bolsillo del pantalón.

—Mira qué juego nuevo me he descargado de Mario Bros. Es genial.

Romeo se asoma a la pantalla del teléfono mientras Chete se pone a manejar a su diminuto Mario Bros, que sube y baja por unos bloques de piedra que se abren y se cierran sin parar. Pero su mente se vuelve a ir al último día que vio a su abuela, cuando Mónica lo invitó a merendar a su casa.

—Mónica hace las mejores rosquillas de anís de Madrid –dice Celeste.

—Bueno, no te pases –dice Mónica–. Es que tu abuela me quiere mucho, Romeo.

Romeo mientras tanto no le quita ojo al lunar de Mónica, se ha quedado otra vez hipnotizado. No es que no quiera ir a merendar a su casa, es que se muere de vergüenza. Le encantaría probar las rosquillas que hace, seguro que se comería doscientas, solo sabiendo que las ha preparado ella... Pero no se atreve a decir nada.

—Bueno, qué –le insiste Mónica–. ¿Cuándo te las preparo? ¿Vendrás tú también, no, Celeste?

—¿A tu casa? ¿Al séptimo piso? Ni lo sueñes.



—Venga, vale. Las preparo yo y nos las comemos en tu casa, ¿qué te parece?

—Muy buena idea –contesta Celeste.

—Perfecto. Por cierto, este fin de semana viajo a Miami, y el siguiente vuelo... ¿a que no sabes dónde voy?

—No me lo digas. Ya lo sé. A Uzbekistán –le contesta Celeste y abre tanto los ojos que Romeo sabe que su abuela se muere de ganas por meterse en el bolsillo de su amiga.

—El lunes os esperan mis rosquillas. ¡Chao!

Mónica se baja del autobús y Celeste tarda un buen rato en volver a hablar. Mientras, el din don y muchos viajeros que suben y bajan y suben y bajan ajenos a la conversación entre el nieto y la abuela, que están acostumbrados a hablar en bajito para que nadie se entere.

—Romeo, estás ya preparado para ir al concurso. ¿Quieres que mande ya la solicitud?

—Abuela, ya sabes que no quiero ir. Me pongo nervioso y me da vergüenza.

—Hazlo por mí, hijo.

—Qué pesada eres.

—Pero me quieres así, ¿verdad? –dice con una sonrisa, y se miran a través del retrovisor.

—Pues claro.

Entre la lección sobre Uzbekistán y la aparición de Mónica (sus rosquillas, el lunar y todo lo demás), han llegado al final del trayecto. El último trayecto con su abuela. Romeo se despide con un beso rápido y un «hasta mañana» que... nunca va a llegar.

***

Mario Bros se ha caído por un precipicio y Chete pega un brinco que tira a Romeo de la cama y lo devuelve a la realidad.

—¿Quieres jugar? –le pregunta Chete.

—No. Prefiero mirar.

Se arrima a su amigo y se concentra en cómo Mario Bros sube y baja con sus piernecitas por los bloques de piedra que se abren y se cierran. Coge tres monedas suspendidas en el aire, una flor que vale diez, salta un bloque, otro, otro, pero la cosa se complica y... ¡zas! Al suelo. Vuelta a empezar. Así pasan un buen rato, hasta que un clac anuncia que es la hora de que salga el cuco. Siete veces.

—¿Tú sabes dónde está Uzbekistán? –le pregunta Romeo después de un largo silencio.

—¿Uzbeké?

—Lo imaginaba. Eres un ignorante.

Romeo se acuerda de todo lo que le ha dicho su abuela, y se lo cuenta a Chete con pelos y señales: las mezquitas, las madrasas, las cúpulas de Samarcanda, Marco Polo, los camellos. Chete lo escucha con la boca abierta.

—¿Tu abuela ha estado allí?

—No. Nunca.

Es el momento de explicarle lo que le ocurría con las alturas y cuál era el sueño de su abuela.

***

El fin de semana es raro para Romeo. El domingo por la tarde lo pasa tumbado en la cama oyendo al cuco cada hora y jugando en ejercitatumente.es. No se hace a la idea de que su abuela ya no esté con ellos. ¿Dónde está? Por más que piensa, no lo entiende. Aunque, no sabe por qué, siente que no se ha ido del todo. Continuamente le vienen a la cabeza imágenes de ella y él solos. De ella, él y sus padres en el circo Price viendo a unos vietnamitas haciendo acrobacias subidos a unos palos de bambú. De ella hablando con el canario. De los dos en diferentes lugares: en el autobús camino de Tirso de Molina, el trayecto de ida que más le gustaba porque todavía quedaba el de vuelta. En la cola de la pastelería para comprar las palmeras de chocolate. Caminando después del instituto. Le vienen a la mente las preguntas para sabios, el concurso... No. No se ha ido del todo. O sea, sí, sí se ha ido, pero tiene la sensación de que, desde alguna esquina de algún lugar, ella lo está acompañando. De pronto, se incorpora en la cama. Una idea se le ha cruzado por la cabeza. Una idea loca. Un disparate: algo tiene que hacer por su abuela. Inmediatamente llama a su amigo, que se presenta en casa en un periquete.



—Tío, qué te pasa. Estás muy nervioso.

—Chete, tú eres mi amigo, ¿verdad?

—Claro.

—Pues escúchame.

Después de contarle su idea, Chete lo tiene claro:

—Yo te acompaño.

Segunda parte

# El jardín del descanso



Es lunes y amanece nublado. «Mañana tenemos una previsión del tiempo muy inestable. Nubes por el sur, por el este, por el norte, por el oeste. En resumen: nubes por toda España». Efectivamente, la mujer del tiempo tenía razón. Ni un rayo de sol se cuela por la ventana del cuarto de Romeo cuando su padre lo despierta.

—Venga, hijo. Ya tienes el desayuno preparado.

Romeo se levanta de un brinco. Es un día importante. Sus padres le habían contado que a la abuela la habían incinerado: queman su cuerpo, meten las cenizas en una urna y se las entregan a los familiares para que las guarden donde quieran: en un nicho dentro de un cementerio, o esparcidas en algún lugar especial para el muerto. ¿Dónde pensaban guardar las de su abuela?

—¿Te vienes a recoger las cenizas o prefieres ir al instituto?

—Papá –dice Romeo, y su padre se sorprende porque es la primera palabra que sale de su boca desde que ha muerto Celeste–. ¿Qué vais a hacer con la abuela?

—Hemos pensado que descanse en el cementerio más bonito de Madrid. El de Fuencarral. Allí podremos ir a visitarla siempre que queramos. ¿Qué te parece?



—¿La abuela quería estar en ese cementerio que decís?

—No lo sabemos, hijo. Como murió de repente, no dejó dicho exactamente dónde quería que descansara su cuerpo. Pero ella tiene reservado un mausoleo en este cementerio. Allí está mi padre, y también los bisabuelos y los tatarabuelos. Ahí están sus raíces.

—¿Un mausoleo? ¿Qué es eso?

—Pues... una especie de monumento donde se entierra a varias personas de la misma familia. Así están todos juntitos para siempre.

—Ya –dice Romeo, que no parece que le convenza la respuesta de su padre.

—Para nosotros es el sitio perfecto.

—Ya... Prefiero no ir a lo de las cenizas. ¿No os importa?

—Claro que no.

Durante el desayuno, hay ya menos silencio en la cocina. El canario empieza a cantar piiiooo piio pio piio y por fin un rayito de

sol fiiuu entra por la ventana. Cuando se va para el instituto, los padres se despiden de Romeo con un beso y un abrazo muy apretujado. Era lunes, pero un lunes especial.

En el instituto: Mates. Inglés. Naturales. Recreo. Lengua. Comedor. Educación para la Ciudadanía. Sociales.

Después de Sociales, Chete y él salen juntos. Chete ha dicho a sus padres que va a ayudar a su amigo a hacer un trabajo. No es del todo verdad, pero tampoco es mentira. Van a casa de Romeo por el camino de siempre. Por el camino que hacía con su abuela. Rapidito. Quieren llegar pronto. Romeo le hace alguna pregunta para sabios. Cuál es el único mamífero que no puede saltar. De dónde era Marco Polo. En qué constelación se encuentra la estrella polar. Chete le contesta que ni idea, que no está para preguntas. Pues el elefante. Italiano. En la Osa Menor, dice Romeo de carrerilla.

La cuestión es que Romeo lleva el corazón a cien por hora. Las cenizas. Su abuela. La urna. Toda su abuela metida en una urna. Una urna, qué es una urna. Las preguntas para sabios. El concurso de la tele. Samarcanda. Se para de golpe y porrazo.



—¿Crees que hacemos bien?

—Pues claro –le contesta Chete.

Cuando llegan a su casa, mete la llave en la cerradura y se queda parado. No se atreve a entrar. «Venga, vamos». Chete lo empuja por detrás. Entran. Se oyen ruidos de platos en la cocina. Se asoman. Su padre y su madre están allí.

—¡Hijo! –le dice su padre–. Chete, cómo estás. Pasad. ¿Os preparo la merienda?

Chete dice que vale, que sí quiere merendar, pero Romeo se ha quedado inmóvil, sin electricidad, como si le hubieran desenchufado de repente.

—Qué te pasa, hijo.

—Dónde está la abuela.

Todos en procesión van al comedor, donde aguarda en algún sitio la urna que contiene las cenizas de la abuela. Allí están en una esquina de la estantería, que rebosa libros sin ordenar. Está entre uno enorme, *Pop Art*, y otro, *Las crónicas de Narnia* con

ilustraciones. Queda bonita ahí la urna, piensa Romeo, que se extraña de que no haya sufrido un colapso al ver el recipiente que contiene el cuerpo enterito de su abuela. Todos se quedan en silencio. Romeo y Chete se miran. Tienen que actuar ya.

—Ehhhh... que digo yo que... me gustaría que... o sea yo... ¡Que tengo hambre y quiero merendar! –arranca por fin Chete.

—Claro, venid a la cocina y os lo preparo –se ofrece el padre.

—Ya vamos –dice Romeo.

Cuando el padre y la madre desaparecen del comedor, Romeo se queda petrificado. Sus pies no le obedecen. Quiere moverse, pero no puede. Quiere hablar, pero no le sale la voz. «No puedo, no puedo». De pronto, parece que las nubes del cielo se han separado por un momento y un rayo de sol ha entrado por la ventana, le ha cegado la vista y... un empujón de Chete lo hace reaccionar. Por fin, pega un brinco, coge la urna y la mete en su mochila, que traía ya vacía.

—¡Vamos!

Como dos gacelas en peligro, se van sin despedirse: cierran la puerta sin hacer ruido, bajan las escaleras con cuidado de no



tropezarse porque Romeo lleva algo muy valioso entre las manos, salen a la calle y se pierden detrás de una esquina.

A los tres minutos ya están en la parada esperando el autobús. El 65. En la misma parada de siempre. Chete al lado de Romeo. Romeo con la cabeza gacha abrazando su mochila, o, mejor dicho, abrazando la urna que lleva dentro de la mochila, o, mejor dicho, abrazando a su abuela.

Menos mal que Chete rompe el silencio:

—Tío, si tu abuela nos viera, se partiría de risa.

—¿Tú crees?

—Sí, tío. Es muy emocionante.

Llega el autobús. Al subir, Romeo recita casi sin darse cuenta el santo y seña de su abuela: «Marco Polo de Venecia salió y hasta Oriente llegó». Al oírlo, Chete mira a Romeo con cara de «¿ehhhh?» y ambos estallan en una risa nerviosa que no pueden parar. Al principio bajito, pero luego empiezan a reírse a carcajadas, como si condujeran un coche sin frenos por una calle cuesta abajo. Así, entre risas, llegan a la parada en la que se tienen que



bajar. Caminan un poco, entran en el portal y suben en el ascensor hasta el séptimo piso.

¡Ding dong!

—Romeo, qué sorpresa –dice Mónica–. Pasad. Me acabo de enterar de lo de tu abuela. Ven, dame un abrazo.

Mónica huele a tarta de manzana y a anís, y Romeo aspira ese olor que lo reconforta. Entra el sol por un enorme ventanal que ocupa casi toda la pared. Hay un jarrón con un ramo de flores en la mesa camilla de la esquina. Y una mecedora. Y un sofá de dos plazas. Y música clásica de fondo. Y Chete ahí parado sin decir ni mu. Romeo interrumpe el abrazo.

—Este es Chete, mi amigo.

—Encantada, Chete.

—Mónica... Te quiero pedir un favor.

—Claro, Romeo. Dime.

—Llévate a mi abuela a Samarcanda.



Romeo saca de la mochila la urna y la pone encima de la mesa camilla, junto al jarrón de flores. Mónica se sienta de sopetón en la mecedora, que se balancea del susto.

—Romeo, ¿saben tus padres que estás aquí?

—No.

—Es una idea muy bonita, sé por qué lo haces. Pero tenemos que hablar antes con ellos, ¿vale?

—No quiero que llames a mis padres.

—Ah, dios, Romeo, no me puedes pedir esto –dice Mónica mientras se levanta de la mecedora (que se balancea como loca) y va hacia la mesa camilla–. Dame la urna, voy a llamar a tus padres.

—¡No, no y no! –grita Romeo y de un brinco llega también a la mesa camilla.

Cada uno coge la urna por donde puede y tiran de ella, para acá, para allá, para acá, para allá, en plan película del gordo y el flaco. Menos mal que Chete está atento a la jugada y, justo cuando la urna sale volando en dirección al suelo, allí está él para atraparla.

—¿Qué hago? –le pregunta Chete a Romeo con cara de susto monumental.

—¡Vámonos!

Los dos salen disparados de la casa y se meten rápido en el ascensor, que parece que les estaba esperando. Mientras bajan los siete pisos, se miran y no saben qué decirse.

—Tío, menudo lío –dice Chete, más que nada por romper el silencio–. ¿Qué diría tu abuela si nos viera?

—Que estamos locos –contesta Romeo, abrazado a la urna.

—¿Dónde dices que está Samarcanda?

Romeo se queda pensando.

—Muy lejos de aquí.

Cuando abren la puerta del ascensor, Mónica les está esperando con la lengua (literalmente) fuera.

—Romeo, tus padres están de camino. Habla con ellos.

Efectivamente, tardan siete minutos y medio en llegar, y allí mismo, en el portal, se ponen a hablar.



—Hijo, pero qué idea es esa de mandar a la abuela a Samarcanda.

—Era su sueño –contesta Romeo y mira a los ojos a su padre–. Viajar a Samarcanda. Me lo contó a mí.

—Ya. Bueno. Seguro que ese era uno de sus muchos deseos. Pero su familia y sus amigos necesitamos visitarla siempre que queramos. Necesitamos tenerla cerca. Yo soy su hijo y quiero tenerla cerca. Samarcanda está muy lejos.

Romeo se abraza aún más a su abuela. Su padre se acerca y le pasa el brazo por el hombro.

—¿Sabes? La abuela iba muchas veces a visitar el mausoleo donde está el abuelo. Y allí están también los padres de la abuela. Y sus abuelos. Yo también quiero ir a visitarla cuando lo necesite. Escucha la idea que se me ha ocurrido. Si la abuela no va a Samarcanda... que Samarcanda venga a la abuela.

***

Romeo está tumbado en su cama. Esta mañana (un mes después de que haya fallecido su abuela), su familia y él han dejado a Celeste dentro del *Jardín del Descanso*, como lo ha llamado su padre:

una pequeña edificación (del tamaño de Romeo) con una cúpula hecha de azulejos brillantes color turquesa, igual que las que la abuela le contaba que había en Samarcanda. Pero igualita. Su padre encargó a un albañil que la construyera dentro del mausoleo. Y a Romeo le gustó.

Ahí tumbado, mientras mira el techo de su habitación, se le escapa una sonrisa. Piensa en la urna y en todo el jaleo que se montó en casa de Mónica. Después de tener durante un mes entero a su abuela por casa (movemos la urna para limpiar, la ponemos aquí, no se vaya a caer al suelo, que la armamos buena...), ya se había acostumbrado a ella. Era como si su abuela estuviera presente en todo momento. Pero ya la urna no está aquí. «Si por lo menos me mandara una señal diciéndome que está conmigo...». Entonces, clac: suena el cuco y sale y entra y sale y entra cinco veces de su madriguera de mentira. Pero Romeo no se ha dado cuenta. Lo vuelve a decir: «Si por lo menos me mandara una señal...». Ding dong, llaman al timbre.

—¡Romeo! Ven, alguien pregunta por ti.

Cuando llega a la puerta, se encuentra a un hombre con un chaleco amarillo que le entrega una carta.





—Fírmame aquí.

Romeo firma, se despide del hombre, cierra la puerta y, como un autómata, se dirige a su habitación. Su padre y su madre van detrás de él, muertos de curiosidad. A Romeo le empiezan a temblar las manos de la emoción. No puede creérselo.

—¡La abuela! ¡Ha sido la abuela!

—Romeo, qué pasa, dime qué te pasa.

—¡Sabía que la abuela me mandaría una señal! Papá, mamá, me han admitido para ir a concursar a *¿Qué es lo que sabes, chaval?*

***

Una semana más tarde, los dos amigos están jugando a Mario Bros en la habitación de Romeo. Esperan a que el cuco marque las cinco. A esa hora, un coche vendrá a recoger a Romeo para llevarlo al concurso donde, seguramente, le saldrá una pregunta sobre Uzbekistán. Seguramente.